



Ilustración: Federico Murro

## Pavadita de mujeres

### Feminismos y otras sensibilidades

NO HAY corrección política que salve al conservadurismo más rancio.

El lenguaje de derechos no es garantía de resistencia y las palabras inclusivas no curan las heridas, pero apuestan por interacciones más democráticas.

Cómo nos nombramos quizá sea la cara más visible de la agenda de derechos, ésa que no

es consigna para guiar la moral, sino posibilidad emancipadora.

Sin derechos el otro, el no-universal, no se dice, no se nombra.

Las mujeres invisibles, subalternas, pululan en nuestro presente y en los anales de la historia. El surgimiento del movimiento feminista fue la apuesta política de las mujeres ante

el silenciamiento histórico y la dominación patriarcal.

Pasaron los años, el movimiento siguió expandiéndose como doctrina y práctica política y fue transformándose, textualizándose en diversas corrientes. Llegó a América Latina con una impronta monolítica, a-histórica y transcultural que invisibilizó la

herida colonial codificada en las diversidades que se extienden más allá de nuestro sexo.

Herederero de ese feminismo hegemónico, que universaliza a la mujer y enfatiza la diferencia sexual, el movimiento feminista en Uruguay ha tenido dificultades para reivindicar su lugar en la izquierda política y social, para

trascender sus contradicciones, y renovarse en cuerpo y alma.

La misoginia existe y las víctimas del patriarcado también, pero no somos víctimas ni subalternas por el solo hecho de ser mujeres. Ésa quizá es la apuesta más radical de nuestro tiempo: repensarnos como mujeres más allá del lugar donde nos coloca la

“opresión natural” por no tener o no querer tener un fallo redentor.

Maribel Núñez, feminista poscolonial, ha afirmado que “la victimización como acto de colonialismo genera que las personas sean minimizadas a sus facetas de víctimas negando de forma total sus otras experiencias o capacidades, impidiéndoles así la posibilidad de encontrar fin al calvario”.

En algunos espacios de la academia uruguaya a los feminismos poscoloniales, éstos que vislumbran otras formas opresivas y desmantelan la ilusión de una “opresión común” a todas las mujeres, se los ha nombrado como “feminismo diluyente”: un feminismo que parece pero que no es. Una sugerente invitación para complejizar ciertas posturas monolíticas: desde un esencialismo biologista no es posible alcanzar horizontes igualitarios más efectivos.

### La clase y más allá

Norbert Lechner define a la política como “la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado”. La subjetividad y los afectos no son independientes de las decisiones de política pública y la brecha que se abre entre sociedad y política tiene que ver con las dificultades para incorporar la subjetividad.

¿Cómo entendemos, cómo “normamos” el ámbito público, el privado, la familia, los afectos, la sexualidad, la reproducción, el cuerpo, la libertad, la no discriminación, el uso de la fuerza, el lenguaje, el sentido del humor?

En los últimos años, han existido dificultades en la forma en la que se sostienen y problematizan las discusiones que incorporan las demandas de igualdad en la agenda política de cuño progresista.

Concepciones anacrónicas basadas en cierta ortodoxia marxista casi urticante, estrategias fallidas, ignorancias compartidas



Ilustración: Federico Murro

y reconfortantes, no han permitido introducir de manera plena las dimensiones que implica el análisis de la diferencia con las complejidades asociadas a la lucha de clases.

Algunos discursos profundizaron las confusiones en la opinión pública. Los de Mujica resultan muy representativos de algunos sectores que consideran aspiraciones burguesas las reivindicaciones vinculadas al reconocimiento de las “otras” desigualdades: “En el

país hay gente que pelea por derechos, donde hay corrientes feministas que piden que en esta sociedad de machistas se les abran oportunidades a las mujeres para ocupar todos los cargos [...], pero de esas uruguayas sumergidas, llenas de hijos, no se acuerda nadie”.

Y más recientemente en Brasil afirmó: “Hay que empezar a pensar como especie, no como país, especie que no debería anhelar tanto la igualdad de género como la igualdad de derechos”.

Si bien no podemos negar que las líneas divisorias entre las clases sociales son las que delimitan las maneras en que las mujeres estamos articuladas al sistema patriarcal, y que quizá en pos de la incidencia y el cabildeo político muchos de los movimientos feministas y de la diversidad han perdido presencia en el territorio, estos discursos suelen alimentar la ilusión de que las clases explotadas no reproducen otras opresiones ni introyectan los mandatos sociales hegemónicos.

### Ser o no ser “puta”

Estar en territorio implica involucrarse en los intersticios de los cauterios de nuestra sociedad, no solamente deambular en las calles de los barrios céntricos con pancartas de colores.

La “Marcha de las putas”, movilización callejera nacida en Canadá, y realizada desde hace tres años en el Parque Rodó, tiene como objetivo, según señala una página de internet, “reapropiarse de la palabra ‘puta’ en sus distintas acepciones, para reclamar contra la violencia de género y visibilizar que la cultura patriarcal culpa a la víctima de violación sexual [...] Se intenta dignificar el rol de la mujer en la sociedad y evitar se la estigmatice por su forma de vestir”.

En nombre de esa reivindicación, algunas de las asistentes a la marcha se travisten de las mujeres que no son, usan los tacos, las cancan, las polleras cortas que no se pondrían nunca, inscriben en sus cuerpos mensajes dirigidos a los “cerdos machistas que las miran lascivamente”. Paradójicamente, “reivindican el derecho de vivir libre de estereotipos”.

Quizá el anverso sea la consigna “Ninguna mujer nace para puta”, algo que ha dicho una y otra vez Sonia Sánchez, una mujer que vivió de la prostitución y superó la identidad violenta de ser por muchos años “la puta”. Las mujeres, que desde niñas sangran, sudan y se retuercen por unos pesos a cambio de “vender” su sexo y su boca caliente no son nombradas en las concentraciones del parque.

Así, nuevas manifestaciones del movimiento feminista de enclave urbano se han hecho presentes en las calles. A partir de este año, ante la emergencia de la muerte violenta de mujeres, surgió una instancia de coordinación de organizaciones y colectivos representativos de “los feminismos en el Uruguay”.

Mujeres y hombres de todas las edades por cada muerte-considerada

## YO NO SOY

# Mismo

¿Qué no soy? No soy machista, por lo menos no de manera constante. Tuve excelentes compañeras que tuvieron la impaciencia de enseñarme a no serlo, a veces desde sus violencias. Tampoco soy lo opuesto, antes de mis amantes fui educado como casi todos los de mi generación por la dupla estrella de mujeres de nuestra infancia: la madre y la maestra, que hicieron lo suyo con la sincronía perfecta de una pareja conyugal.

“Las cosas que quiero no se quieren entre sí”, decía un amigo italiano que no veo hace tiempo, y cuando escuché esa parte de la canción por primera vez un montón de cosas empezaron a tener sentido, todas juntas se amontonaron y entraron a la vez por la puerta. La lógica cartesiana de la contradicción se me cayó de la mano y se quebró contra el piso de portland de la

discoteca Amarillo. Era tiempo de experimentar y para un chico de clase media baja de un pueblo del interior, el viaje no era para afuera del país sino para adentro del cuarto.

Luego de ensuciar y destruir mi habitación por un tiempo pude salir a la calle con la curiosidad urgente de la época e investigar los ismos más afines. Según la Real Academia Española, un ismo “forma sustantivos que suelen significar doctrinas, sistemas, escuelas o movimientos”. Es decir, realmente varios de ellos eran buenas causas por las que pelear. Todos me tocaban de manera directa o indirecta, a mí o a mis relaciones. Jacques Rancière decía que no hay coincidencias, hay nexos peligrosos.

Me mudé a Buenos Aires justo cuando el rock y la explosión cultural de la ciudad encandilaban más. A la noche siguiente de

llegar nos metieron, a mí y a mi compañera, en la reunión de una revista cooperativa que dejaba de ser suplemento y se independizaba, una tal *Cerdos & Peces*. Para nosotros era emocionante, no lo podíamos creer, un verdadero playroom ideológico. Teníamos al alcance del cuerpo todo tipo de grupos y tribus, todos en pie de guerra, todos ofrecidos en sacrificio, y fue maravilloso.

¿Qué no soy? Hoy me es más fácil definirme por el no, por lo que no soy. Encuentro que es una negación extremadamente afirmativa, casi como definir ideas con preguntas. En un reportaje Susan Sontag sostenía: “Creo que es muy sofocante que te pidan que te adecues al estereotipo, como cuando le piden a un escritor negro que sólo refleje una sensibilidad cultural negra. No quiero que me encierren en un gueto”. Sontag no estaba ha-

blando en contra de ninguna reivindicación de las minorías, sólo defendía el desarrollo de una singularidad como un camino de libertades colectivas.

Insistía con que si una película suya era invitada a un festival de cine feminista, la mandaba más que feliz, pero quería que esa invitación tuviera que ver más con su obra que con el hecho de ser mujer. “No quiero que me encierren en un gueto”, decía Sontag y defendía la inserción de las mujeres, por ejemplo, en todos los lugares sociales de poder. Exactamente por esta idea de pensamiento he dejado de militar en mis ismos más queridos, los pocos que me quedaban. Más allá de que los distintos ismos muchas veces sean necesarios como formadores de conciencia, crear una cultura separada hoy no parecen tan poderoso como la práctica

cotidiana de esa ideología en el medio del sistema.

Hay algo en la exclusividad que exigen algunos ismos que cierran las puertas a los diferentes pliegues o puntos de vista de una idea o a la libertad de ciertas “aparentes” contradicciones. Estas (aparentes) contradicciones aceptadas también podrían ser un ejercicio de libertad.

¿Fui parte o soy parte de qué? Anarquismo, feminismo, nihilismo, situacionismo, spinozismo, ecologismo, budismo, universalismo, romanticismo, dadaísmo, vegetarianismo, grouchomaxismo, capitalismo... Todas estas cosas me han dado forma y ninguna alcanza para definirme. La mayoría constituye un sistema de guerrilla civil que, creo, tiene más sentido cuanto más amplia y radical es la visión que propone. ■

Claudio Burguez

feminicidio por organizaciones sociales- se han manifestado en el espacio público. La rabia y la indignación han convivido con el alboroto y la algarabía de las performances callejeras.

En las concentraciones ha abundado el lila, el puño libertador -ícono de las feministas alemanas de los 70- y pancartas en las que se transcribe la indignación en clave de red social: #NiUnaMenos.

### Palabras y castigos

En lo que va del año 30 mujeres han sido asesinadas en el marco de sus relaciones de pareja. La alarma social encendida ha llevado a algunos sectores del movimiento feminista a apostar por el tratamiento jurídico de la violencia de género por medio del derecho penal, mediante la tipificación de la figura de feminicidio.

Aun cuando en los espacios en los que se ha defendido esta propuesta se habla de un efecto simbólico y no de endurecimiento de penas, estas demandas implican una peligrosa adscripción de militantes y organizaciones feministas hacia una cultura del castigo.

Más allá de las discusiones de tipo estrictamente jurídico, la fuga hacia el derecho penal ¿no implicaría diluir los problemas estructurales de reparaciones históricas en exigencias de castigo individual? ¿Cómo adaptaría el aparato institucional y judicial -profundamente machista- tales demandas? ¿Cómo transforma el Derecho Penal nuestras subjetividades más profundas en soluciones concretas? ¿En qué medida se ejerce la construcción de nuevos sentidos comunes con una apuesta que más bien es común de la derecha conservadora?

Quizá falta comprender mejor los fenómenos, las cifras, los recorridos de esas 30 mujeres antes de que fueran asesinadas. La pregunta obvia, incómoda pero más importante de todas, es si se pudieron prevenir esas muertes violentas.

Es que más allá de comisiones, unidades temáticas en ministerios, en el Parlamento, en el PIT-CNT o de jueces y operadores jurídicos "especializados", que intentan congregar las buenas voluntades del gobierno en torno a la necesidad de paliar los efectos de la violencia de género, se trabaja a pulmón en una agenda política que no interpela lo suficiente.

Habría que ver qué tanto se apuesta a la prevención para combatir los atisbos culturales con los que cargamos. Defender la idea de que la identidad de los hombres es ser violentos contradice las concepciones antideterministas. Pero no podemos negar que todavía hay muchos varones, pobres y ricos, laicos y creyentes y todos los grises, que no superaron el mandato de la caza de mujeres.

¿Qué hacemos para que nuestros hijos dejen a un lado los mitos y la sacralización de su sexo?

Nuestras sensibilidades pueden ser otras y, si sucediera, estoy segura que "nuestros padres fundadores" temblarían ante las nuevas masculinidades que este siglo puede ver nacer. ■

Valeria España

## HABLANDO DE HOMBRÍAS

# La (in)felicidad del macho

Poco puede hacer el sistema educativo si en casa seguimos criando machitos bobos incapaces de prepararse el almuerzo. Las transformaciones institucionales no son más que buenas intenciones si como varones asimilamos desde el nacimiento que hay cosas que son inherentes a una mujer y reclamamos por tanto el derecho a ser asistidos. No debe haber acto más contraproducente con los efectos del amor que inocular en un niño la dependencia práctica y afectiva -dualidad inseparable- sobre la figura femenina. Nada envenena tanto el futuro de las relaciones de género como esta falta de herramientas, de creatividad y perspectivas, de no aprender a arreglárselas solos frente a ciertos vaivenes o circunstancias cotidianas, de aprender a llorar sin culpa cuando lo sentimos. No podemos seguir apegados a los estereotipos del nene aprendiendo un oficio y de la nena como una señorita intachable esperando su turno.

En una realidad desbordada de matices se condena o venera a dos *formatos* de mujeres: la que se exhibe y es exhibida como objeto y la recatada en busca de pureza. Las dos son producto del asedio y la sumisión por igual. La conductora joven y exuberante en la televisión y la señora religiosa,

joven pero envejecida, entregada por completo a su Dios, su esposo y el bienestar de su familia.

Quién le hará entender a esas dos mujeres que son parte, también, de eso que tanto las aterra. El espejo de otras mujeres vapuleadas desde la Biblia hasta acá. Será que el estatus que alcanzan con esfuerzo no es otra cosa que una defensa ante tanto dolor de madres adolescentes, desnutridas u obesas, sin dientes, de mujeres jóvenes y viejas esclavas de su hogar y su familia, postergando lo más básico, éas que a lo largo de la historia no han tenido derecho siquiera a explotar de rabia, goteando a lo sumo un llanto arrinconado y silencioso. ¿Cuál es la libertad tangible de tantas horas frente al espejo, de encremarse a diario hasta las orejas y arreglarse infinitamente el pelo y depilarse hasta el último rincón y retocarse la uñas y las cejas? ¿Es efectivamente provechoso, disfrutable, ese cinismo llamado tiempo para una misma, la construcción forzada de una u otra de esas vidas de renuncias a contrapelo del sentir individual?

Las ideas por sí solas no son garantía de nada y la adhesión a un programa de izquierda no nos exime a priori de lo peor de nuestra matriz patriarcal. Somos parte también

de esa sociedad extremadamente violenta con sus mujeres que tanto repudiamos. ¿Cuántos de los varones que caminamos cada 20 de mayo ejerce sistemáticamente algún tipo de violencia sobre alguna de las mujeres de su entorno? ¿Cuántos de los sindicalistas que luchan por los derechos de todos los trabajadores luego no tienen pudor en llamar o tratar como putas a sus novias o esposas? ¿Cuántos progres o intelectuales de la boca para afuera y en los ámbitos sociales levantan códigos y declaraciones, y en la intimidad de sus casas o en las reuniones *entre machos* piensan o tratan a las mujeres, sus mujeres, como un pedazo de carne o una santa? ¿Cuántos escalones hay entre el insulto o la cachetada y el crimen?

¿Nos hace menos machos no tener la última palabra? Quizá no. Así y todo seguimos sin cuestionarnos que haya quien está habilitado a coger fuera de la pareja y quien debe callar y bajar la cabeza rumiando bronca y resignación. Después de todo, somos los hombres quienes respondemos frente a los problemas importantes sin gritar como una loca. La realidad subjetiva siempre es fragmentada y se construye desde nuestra percepción oblicua, mirando desde el ombligo. El mundo gira en torno

a nosotros y en el fondo sabemos que siempre habrá una mano femenina resolviendo los pequeños detalles. Alguien dijo que esto no es otra cosa que una pulseada cotidiana en la que habitualmente se impone el mismo brazo gordo y prepotente. Ése que por las noches se pone cariñoso buscando tal vez enjuagar la culpa -sin llegar a comprender del todo cuál ha sido su error y qué es lo que lo mueve a comerlo- y quiere ir a la cama y ella se niega y al final...

La inseguridad atroz del machito inepto nos empuja al asedio enfermizo, al control del detalle mínimo en defensa de una miserable parcela de poder. Nuestras viejas ansias de equidad se evaporan frente a esta vocación hipócrita y simbiótica, conservadora por excelencia. El bien máspreciado no es precisamente aquel en que la palabra amor vio desangrarse su sentido frente a la soberbia figura del padre entregando la mano de su hija. Pero no se acaba la desigualdad con un par de leyes, necesarias por cierto. Acabar con ella implica un ir y venir permanente -qué novedad- entre el miedo a nombrarnos y el dolor asfixiante que representa nuestra comodidad. ■

Damián Musacchio

## PARA QUÉ DEFINIRSE

# Yo también dije "No soy feminista"

En una conferencia a las bases de 1963, Malcom X hablaba de los "negros domésticos" de la época de la esclavitud, que eran aquéllos que vivían y trabajaban en la casa del amo y no en los campos. Sus condiciones de vida eran muy superiores a las de los otros esclavos y tenían trato familiar con los blancos. Cuando el amo decía "nosotros", ellos decían "nosotros". Tanto que llegaban a confundir su rol y buchoneaban cuando había revuelta en las barracas. Del mismo modo, hay mujeres que nos sentimos cada vez más en casa en las estructuras construidas por los hombres y dos por tres nos olvidamos de quiénes somos. Después de aplacado el arrebato adolescente por el llamado de De Beauvoir a *hacernos* mujeres, llegó una década oscura en la que me negué más de tres veces diciendo "No soy feminista". Me llené la boca de "nosotros". Me domesticué.

Si bien las radicales peludas de cara lavada me convencieron de que el pensamiento binario hombre/mujer era la base y la continuidad de la dominación masculina, avanzaron los 2000 sin que me diera cuenta de que el siglo XX había revuelto tanto las cosas que habían quedado casi en el mismo lugar. El feminismo pa-

recía algo tan fuera de onda como la lucha de clases. Me convencí de que las mujeres estábamos por los derechos de todos, por la igualdad. Por más que entiendo esa igualdad como cartografía, cada vez que salgo a la calle me pierdo. Si existe, es una abstracción tan fría que paraliza. Porque si bien hay quien aplaude la ortopedia grotesca del "uruguayas" después de "uruguayos y", todavía no nos alarma, por ejemplo, que haya suplementos autoproclamados para mujeres y publicidades de todo tipo de productos que deberían denunciarse como se denuncia la homofobia o el racismo. El cuerpo femenino es cada temporada un centímetro más público y estamos persuadidas de que eso es libertad (parece que nuestras madres quemaron sus sutiens en las plazas para que ahora todos vengan con relleno). Nos hablan de cómo nos vemos o dónde dejamos a los nenes sin que eso parezca extraño para nadie. No nos importa ganar menos por los mismos trabajos, mucho menos que a otras ni siquiera las contraten. Para ejercer un cargo de autoridad tenemos que actuar como damas de hierro. No quiero hacer una ristra de asimetrías -quedan dichas sólo un par, y de las de

la casa grande- que todas las no-feministas se apuran a (re)conocer. En general, hay una infinidad de acciones en todos los ámbitos de la vida que provocan que se nos llame putas. Y si hay algo que parece que no queremos es que nos digan putas. Porque de las putas queremos diferenciarnos. Tanto como de las pacatas. Y de las viejas y de las pobres y de las amas de casa y de las lesbianas y de las musulmanas y de las cristianas también y... no queremos saber de nada con las que quedan en las barracas.

Estamos tan lejos como siempre de la igualdad de condiciones pero nos sentimos más cerca que nunca. Nos sentimos más hombres que nunca. Como aquellos esclavos de manos suaves, cada vez hay más mujeres pastoreando el sistema patriarcal, incluidas, masculinizadas. Cada vez hay más lugar para algunas y nos vamos olvidando de las otras, de todas. Pero "todas" es una palabra escurridiza, porque no encontramos un objetivo común para identificarnos como colectivo. Un objetivo que no puede ser pedir que dejen de matarnos, que dejen de humillarnos, pero también eso. Un objetivo que debería ser no tener que pedir. Pero no nos hemos puesto de acuerdo en qué nos une

como mujeres. Nos falta reconocer la lucha, y los caminos que no se recorren son infinitos.

Yo apenas acabo de dejar de decir "No soy feminista". De ser una cerda machista en plena chorizada. Pero integrada, eso sí. Porque, al decir de Ariel Levy, más vale machista que anacrónica. Y qué anacrónico suena hoy decir que falta, todavía, una revolución. Quizá una revolución no-violenta, aunque en el mismo discurso Malcom X decía que tal cosa no existe. Pero antes de cómo la haremos tenemos que saber quiénes la vamos a hacer. Porque no hay movimiento posible si siempre estamos prontas para decir que somos otras cosas antes que mujeres. Porque es incómodo hablar de las diferencias. Aunque no se hablara de eso y por más que vistieran igual que los amos, cualquiera podía decir quiénes eran los esclavos en las plantaciones de algodón. No quiero comer las sobras de su comida ni usar esa ropa que ya no les queda. No quiero festejar que cada vez hay más negros en la casa grande. La mayoría sigue trabajando en el campo y durmiendo en las barracas. Todavía hay que quemar la casa. ■

Julia Ortiz

# Monstrua con voz de terciopelo

Con la artista trans sudaca y argentina Susy Shock

CERQUILLO CAOBA de canecalón, nariz ancha tucumana y labios rubí, abanico en una mano, caja bagualera en la otra, Susy Shock aparece primero proyectada en videoclip mientras suena la música del primer corte de su disco *Buena vida y poca vergüenza*, la receta de la abuela para atravesar la vida desde el goce, con el deseo como brújula.

De rojo y negro y tacos altos aparece después la Susy de carne, atravesando el público, enfrentando su propia imagen. Es aplaudida, tan querida, y ahora sí empieza el canto a capella de una zamba profunda con su voz encontrada, afinadísima, a lo largo de toda una vida. No hay voz como la de Susy Shock, porque no se parece a nada. Tiene los colores del folclore noroesteño y no hay simulación, no hay personaje ni envoltorio en ella. Da un golpe, dos golpes, tres golpes en la caja para interrumpir el encantamiento y exclama: "Para dar luz... hay que prenderse fuego". La parte del fuego la grita con el público, que es cómplice. Y ahora sí, empezó el show.

La fiesta de su *Poemario transpirado*, que mezcla coplas, candombe, zamba, tango queer, rock alterado y textos de su libro *Relatos en canecalón* (que va por su segunda edición), dura más de dos horas y se repite todos los meses desde hace seis años. Además de eso, Susy, la "artista trans sudaca" que cultiva el "género colibrí", como se define cuando le preguntan 9 -y le preguntan mucho-, participa en peñas, ciclos de varietés y escribe para distintos medios. Novela de folletín incluida. "Me dijeron de la editorial que es la primera novela travesti de la historia universal. Yo les creo porque me gusta como suena", dice la Susy entrevistada, que también agita un abanico.

Su activismo por los derechos de las y los trans la llevó a militar, desde su lugar de artista, la Ley de Identidad de Género, acompañando a las organizaciones que la convocaran. Y ella fue y va a todos lados, leyendo el manifiesto de su amiga, la lúcida Marlene Wayar: "Yo, pobre mortal, equidistante de todo, yo DNI 20598061, yo primer hijo de la madre que después fui, amazona de mi deseo, perra en celo de mi sueño rojo, yo reivindicó mi derecho a ser un monstruo, ni varón, ni mujer, ni XXY ni H2O".

Susy nació como Daniel Balzán Lazarte, tiene 46 años y hace más de 30 que está vinculada al teatro. Hija amada y estimulada de tucumana con pampeano, creció entre folclore en el cemento de la capital porteña. Fue en un show de varieté donde encontraría el nombre Susy Shock para convertirse en una de las figuras centrales del arte trans argentino, abriendo caminos con talento e inteligencia, poniendo un cuerpo que tiene mucho para decir.

**-¿Hubo una transición hasta llegar a Susy Shock?**

-Creo que hay una transición pero yo soy una privilegiada. Tuve una infancia feliz. Si sostuviéramos todas las infancias para que todos y todas pudieran transitar por sus búsquedas y contradicciones, idas y venidas, creo que nunca habría closet. Habría un fluir. Yo no reniego de Daniel porque Daniel ha sido un niño abrazado. No tengo nada para negar, sino todo para sumar. En mi casa encontrás



FOTO: MARIETA VÁZQUEZ

**"Yo, pobre mortal, equidistante de todo, yo DNI 20598061, yo primer hijo de la madre que después fui, amazona de mi deseo, perra en celo de mi sueño rojo, yo reivindicó mi derecho a ser un monstruo, ni varón, ni mujer, ni XXY ni H2O".**

las fotos de toda mi vida. Si una compañera trans quema las fotos de su infancia no está quemando la infancia, está quemando eso que le dolió, eso que fue castigo, eso que fue violencia. Si fluyéramos, quizá nuestros empoderamientos femeninos, símbolos, podrían llegar a ser otros. Pero insisto, yo soy una privilegiada. Además, me ayudó ingresar a un ambiente como el artístico a los 14 años.

**-¿Cómo fue eso?**

-Empecé bailando folclore de chiquita, porque mi familia es muy de bailar. Y cuando empezó el secundario había una profe que armaba el baile del 9 de julio y después la obra de teatro. Pero terminé el 9 de julio y me fui, porque yo con teatro nada que ver. Me moría con ese ojo gigante que es la mirada del otro. Pero la profe era una visionaria y me dijo: "Vos tenés que hacer teatro". Y me convertí en esa cosa rara que hacía teatro, y eso me dio poder. Cuando me subí al escenario por primera vez el miedo dio paso a una sensación muy poderosa que es la que sigo buscando cada vez que me subo a uno.

**-¿A qué se parece esa sensación?**

-Es sentir que es tu lugar. Es como si todo el tiempo yo hubiera estado en la tierra y era del agua. Y ahí me zambullí. A mí el teatro me dio la voz, pero una voz social. Porque yo en casa estaba amparada, era afuera el problema. Vivía en una cajita de cristal en plena dictadura.

**-¿En qué momento sentiste ese afuera por primera vez?**

-La primera vez fue con la violencia máxima que te puede dar un Estado, que es hacer la colimba. La colimba fue el mandato de transitar una masculinidad obligatoria, y todo era violento, aunque estuviéramos en democracia. Ahí dejé de fluir. Fue un año de suspenso en el que me enseñaron que había un mundo que no tenía nada que ver con el mío. Fue una exigencia y con la anulación de toda mi mariconería, de

todos mis deseos. Mi mirada del mundo se anuló por un año por decreto constitucional. Y yo dije: "Esto no". Siempre me acuerdo una vez que salí y me paré en un kiosco para comprar unas pastillas y me di cuenta de que estaba parada en posición firme. Se hacen dueños de tu cuerpo. La segunda vez fue cuando trabajé en un supermercado y de tanto pasar la mercadería con códigos me los había aprendido de memoria. Y una vez afuera del laburo alguien te pasa azúcar y vos pensás el código. Y dije: "No voy a laburar más de lo que no me gusta". Tomé la docencia, animé fiestas, todo lo que tenía que ver con los alrededores del arte, hasta llegar a hoy, que vivo de eso, de las funciones, de vender los discos, los libros. De viajar y tocar. Ésos fueron mis primeros no.

**-¿Por qué el nombre Susy Shock?**

-Capaz que me llamaba de otra manera, pero medio que así me bautizó el público. Después fueron decisiones políticas; cantar folclore llamándome de esta forma. Primero: ¿por qué hay que llamarse Azucena del Valle para cantar folclore? Se trata de frenar la idea preconcebida, de seguir jugando libremente, que es lo que me gusta. Y segundo, porque soy de la generación del Nunca Más. Cuando descubrí que los milicos decían "la Susanita" para referirse a los electroshocks, me dije: "Me quedo con este nombre, que está hablando de muchas cosas".

**-¿Cómo te llevás con el mundo académico? Acabás de llegar de Bahía, del congreso *Defazendo Género*, con invitados como Judith Butler...**

-A mí me invitan de muchas universidades, pero no las instituciones, sino personas que quieren construir espacios diferentes ahí adentro. Vi un buen debate en Brasil ahora, que va de a poco. Creo que en Argentina se han logrado muchas cosas y quizá también ahora estemos como adormecidos. Hay cierta mirada desde el privilegio

que dice: "Bueno, ahora que tienen el documento, ya está". Pero a la hora de hablar, se sigue hablando en nombre de, y no está la voz propia. Eso es parte de la violencia. Que nos dejen hablar, aunque tartamudeemos, aunque no nos salga. Ahora viene Judith Butler a Buenos Aires y de todas las activistas e intelectuales invitadas no hay ninguna mujer o varón trans. Y tenemos grandes pensadores. Y aparte hay una realidad: los varones y las chicas trans no están en la universidad. La mayoría sigue parada en la calle sin otra posibilidad, porque no está el acceso al laburo. El acceso a la salud recién ahora se promulgó... La realidad sigue siendo otra. La violenta es la sociedad, con sus complicidades cotidianas. No se trata sólo de Videla.

**-En tu espectáculo hablás de la ciudad. Decís: "Nosotras estuvimos siempre en las catacumbas y tenemos que hacer tribus". ¿Cómo son esas catacumbas?**

-Las catacumbas son lugares donde hay espacio para todo lo marginado por este sistema. Los que no tenemos la fiesta, los que nunca la tuvimos. Es un lugar donde se manifiesta el deseo, sobre todo. Los seres que deseamos estamos ahí. Porque yo no soy ese cemento. Porque el cemento termina construyendo seres cemento, ideas cemento, vínculos cemento. Yo ya estoy pensando que hay que sembrarlas en otro lado. Estoy pensando en armar un proyecto con amigas y amigos de toda la vida para comprar unas tierras y decidir cómo nos imaginamos viejas. Y buscar lo autosustentable. Pero también hay que ir a lugares donde no hay trans y mezclarnos. Como lo que pasa en la peña. Yo hablo de ideología, hablo de seres, porque no es cuestión de pensar que por ser traba va a pensar igual que yo. Pero de todas maneras, aunque la traba sea facha, le falta todo. Por eso siempre voy a abrazar más a la traba que a otra persona que lo tuvo todo. ■

# Observando el palimpsesto sexual

## Representaciones fílmicas de vidas trans

EN UNA REVISTA barrial de las que se reparten en los negocios de la zona leí hace unos años la crónica sobre una anciana que hace décadas murió sola y soltera; cuando los vecinos entraron a la casa descubrieron que era un hombre que había vivido toda su existencia como mujer. Una mujercita apacible y querida por todos, hermana de otras que habían ido muriendo hasta que el secreto final quedó revelado por la exposición de su cuerpo en la cama. La crónica, que abordaba el relato como parte de la historia de un barrio y sus singularidades, era compasiva y empática sobre esa vida escondida.

Un clima felisbertiano de solteronas. Un hombre travestido en mujer adentro de una familia y que no habría vivido su sexualidad. Tal vez alguien que necesitó verse como mujer dentro de un código familiar, y que se contentó con acordar una imagen con la que ser aceptada dentro del pequeño mundo de la casa y del barrio.

Las identidades nómades de Judith Butler habrían tenido en la solterona travestida un ejemplo de necesidad y quietud: tal vez sólo quería sentir su emoción de mujer a través de lo que la sociedad siempre admitió como signo visual de identidad, la vestimenta, que aseguraba el consentimiento de la mirada de los otros, sin otra acción que saberse a sí misma ser eso que eligió parecer. Una construcción de soledades y complicidades.

Probablemente cuando esta mujer murió los veteranos protagonistas de la película *El casamiento* (2011), de Aldo Garay, eran chicos. Oscar, obrero de la construcción, y Julia, la segunda transexual operada en el Hospital de Clínicas para reasignación de sexo, son los entrevistados en ese seguimiento de una historia de vida. La ficha de la película resume así esta historia amorosa: "La película narra la peculiar historia de amor y compañerismo entre Julia Brian -transexual uruguaya- e Ignacio González, un ex obrero de la construcción. Julia e Ignacio se conocieron una tarde de vísperas de Navidad hace 21 años en una plaza. Ambos estaban solos y entonces decidieron pasar juntos las fiestas. Desde ese momento han sido inseparables".

Esta historia en la que la calle les dio a dos personas la libertad de elegirse abiertamente, sin la vigilancia social, agrega un elemento más al foco puesto en Julia como trans, y es el paradigma de masculinidad que representa Oscar.

En *El Bella Vista* (2012), de Alicia Cano y Mario Jacob, eran las masculinidades las que resultaban interpeladas en sus roles tradicionales. También aquellos hombres de un club de fútbol, después boliche con prostíbulo de travestis y luego parroquia de un barrio en Durazno, eran parte de lo trans, que generalmente queda enfocado en



*El hombre nuevo.*



*El Bella Vista.*

quien se transformó y no en quienes se relacionan con ellas desde el lugar consagrado por el dominio social, ése que no rinde cuentas.

Hace 20 años Aldo Garay empezó a registrar las vidas en los márgenes de las mujeres trans en *Yo, la más tremendo* (1995). Entre ellas estaba Stephania, que ahora es la protagonista de *El hombre nuevo* (2015). Dice Aldo en una entrevista sobre su última película: "Lo que acá estamos viendo son muchas historias. No es solamente el hecho de ser trans. Acá estamos hablando de abusos, de madres y padres que no se hacen cargo, del abandono, del fracaso ideológico del proyecto de la construcción de un hombre diferente. Hay muchas cosas". Efectivamente, esta película cuestiona, en el abierto y fluido discurso de Stephania, todos esos temas a partir de Roberto, el niño que fue, nicaragüense adoptado por una pareja tupamara y transplantado al Uruguay de la posdictadura, y que pasa en su adolescencia a ser uno de los tantos travestis

que hacen la calle, después de la cachetada de su madre.

Hace muchos años que Roberto se reconoce en el nombre de Stephania. "Mucho sexo, mucho sexo", repite ella ensimismada en uno de los lugares de sus encuentros al que lleva al director como testigo. Stephania ha envejecido y desde hace años es cuidacoche en Barrio Sur. Tiene sólo cuarenta y pico pero el contraste entre esta mujer trajinada y su imagen más joven en *Yo, la más tremendo* es fuerte.

El único lamento que se escucha de ella es que la obligan a sacarse la vincha cuando tiene que hacerse la cédula de identidad, y queda su pelada en evidencia. Esa imagen alcanza para la empatía del espectador: la cara maquillada de Stephania con una larga cabellera que sale de un cráneo calvo.

Stephania es una figura trans de este continente, de esta periferia, de estos márgenes sociales a los que el trans parece condenado y adaptado. Encarna lo que está lejos de la aceptación social con

que otras trans se presentan glamorosamente ante el consenso de un público que pasa por ser "el mundo" (farándula, cine, vedettes, realities). Stephania, que no vive en Malibú como la millonaria Caitlin Jenner, todavía busca una pensión donde dormir y vivir en Montevideo. No parece una mujer infeliz: la película la sigue, o posibilita, el reencuentro con su familia nicaragüense y la comprobación de que su cambio no sorprendió a sus parientes de origen; la muestra inteligente, aguda, crítica, con la alegría de vivir bajo su propia ley.

◆◆◆

Las mujeres trans despiertan una gran inquietud en quien las observa. En mí, al menos. Buscamos su palimpsesto; todavía no estamos en suficiente, o mínimo contacto social con ellas, para no verlas desde una distancia atenta a la forma, a la semejanza y a la diferencia. Nos observamos en ellas, sus huellas de hombre en la mujer, su mujer expuesta y transformada en cuerpo.

Tratamos de imaginarlas sin ese predominio de la carnalidad y no obstante no vemos, en esa fantasía, a la solterona de la crónica.

El cuerpo se impone con un predominio insoslayable; la transformación psíquica es un misterio al que accedemos por la comprensión intelectual sin superar la dificultad de entenderlo como experiencia. Estamos adiestrados para saber del malentendido biológico, pero no para ponernos en su lugar. Vemos la imponente figura de Michelle Suárez en su mesa del Sportman y nos alivia saber del apoyo familiar que permitió que se convirtiera en abogada, activista y ahora senadora. No sabemos nada de la construcción del destino de tantas otras. En qué márgenes están. Salvo por Aldo Garay y sus películas.

◆◆◆

Podemos leer a Paul Preciado cuando escribe como Paul o cuando escribía como Beatriz Preciado, y de su impecable análisis sociofilosófico algunas saldremos como entramos, porque la dificultad está en pensarnos transitivos, nómades de cuerpo, ahora hombre, Paul, tal vez dentro de poco otra vez Beatriz en investigación permanente de los límites, de los modelos que hay que romper y reconstruir desde el mismo cuerpo, en un experimento intelectual llevado al extremo de la observancia contrapatriarcal.

Esta experiencia radical del español Paul Preciado, de reciente visita en Buenos Aires, no toca a Stephania, ni a Julia, ni a ninguna de las mujeres trans que sufren por el cuerpo equivocado y aspiran a que la forma, con o sin genitales específicos, se establece en una vida acorde con lo que sienten de sí mismas. Preciado no las representa; es una variante espectacularmente radicalizada de una teoría o de una vivencia teorizada y consumada en el cuerpo. La masa crítica generada por los estudios de Preciado, que ha experimentado su teorización en su propio cuerpo, forjando una nueva unidad que en cualquier momento puede reformularse, existe en un universo social paralelo al de las personas documentadas por Aldo Garay a lo largo de 20 años. Tienen aproximadamente la misma edad.

Valdría la pena que Stephania, una mujer de mirada alerta, opinara sobre esta afirmación de Judith Butler: "¡La vida no es la identidad! La vida resiste a la idea de la identidad, es necesario admitir la ambigüedad. A menudo la identidad puede ser vital para enfrentar una situación de opresión, pero sería un error utilizarla para no afrontar la complejidad. No puedes saturar la vida con la identidad". O sobre esta nueva figura que encarna Paul Preciado, que tal vez mañana vuelva a ser Beatriz, como ha anunciado. ■



FOTO: PABLO VIGNALI

# Los ángeles de Aura

## Una dominicana en Uruguay

ABRE LOS OJOS antes de prender la luz, de que chille la alarma a las 5 de la mañana y de que su esposo ponga a hervir agua para el mate. Le gusta pensarse en la oscuridad y en ese ínterin se le hace agua el paladar cuando recuerda el sabor de la mandioca con huevos fritos y cebolla. Aquí, en esta tierra que recibe a todos pero que ampara a unos pocos, dice, se toma mucho mate, se come mucho pan y no hay costumbre de cocinar verduras para el desayuno. Y a ella, mujer voluptuosa de piel negra y cabello rizado, que nació en el sopor del calor tropical, por más que lo intente, no le gusta el sabor amargo, ni el dulce, del mate; y siempre elige la fruta antes que el pan. Todas las mañanas revive el sabor de su tierra.

“Yo no vine con mi mente en fantasía”, dice Aura Marleni Mercado Pérez, y se limpia con papel higiénico las lágrimas que se le estancan en el surco entre la nariz y los labios. Los ojos redondos color chocolate miran fijo en su casa de Flor de Maroñas. Suspira y dice su verdad: “La realidad es que para tú alcanzar las metas, tú tienes que luchar y estar firme en lo que tú quieres”, y cuenta cómo en su país, el del escudo donde se lee “Dios,

Patria, Libertad”, no encontró lo que aquí sí: la oportunidad de ser lo que allá no fue.

Aura Mercado es verborrágica y agradece a Dios por haberla bendecido con “la fortaleza para seguir el día a día”, dice al reconstruir su periplo. Es, además, la estudiante de gastronomía más veterana del grupo SJ1 de la UTU de Arroyo Seco; empleada de la cooperativa de acompañantes Servicios de Atención de Adultos y Ancianos (Seraan); madre que está a 6.108 kilómetros de distancia de sus tres hijos, José Guillermo González Mercado, de 11 años, Rainiery Medina Mercado de 16 y Antoni Michael Mercado de 23.

Aura ahora es una futura esposa que ya perdió un anillo de compromiso y vendió otros dos de matrimonio para arrancar de su memoria tres historias que le dejaron hijos pero no finales felices. Sonríe cada vez que menciona al montevidiano Alejandro Rizzo, un hombre de piel pálida, rostro redondo y cachetes colorados con oficio de herrero, que trabaja en la construcción y en las Fuerzas Armadas, y que tiene un perro manso con nombre de fiera, Rocky.

Él enamoró a Aura, una de los 2.889 dominicanos que vinieron

a Uruguay en 2014, una de los 14.699 que han llegado desde 2005: buscando dejar una vida de “lucha, lucha y lucha” sin recompensa, para tener otra de “lucha, lucha y lucha, pero con sueños cumplidos”.

♦ ♦ ♦

Es hija de Rafael Mercado Villa, un ingeniero tecnólogo y mecánico automotriz con 11 hijos, y de Mercedes Mecho Pérez Medrano, modista y operaria industrial con cinco hijos. Dieciséis hermanos en total.

Nació el 25 de junio de 1975 en Nagua, capital de la provincia María Trinidad Sánchez, que queda a dos horas de Santo Domingo y en la zona costera que da al Océano Atlántico. Se crió a partir de los tres meses con su madrina y el esposo, en Dajabón, un departamento fronterizo con Haití, a unos 300 kilómetros de la capital del país.

Su padre, del que habla con la admiración de una niña y al que describe como un hombre de aspecto blindado, con la piel de un color trigueño antiguo y montañés, fue el líder de la comunidad donde vivía, Herrera, en Santo Domingo Oeste. Su hija mayor,

Aura, cuenta que fue uno de los fundadores de la Defensa Civil en 1966, lo que aquí vendría a ser el Sistema Nacional de Emergencia. Ella define a esa entidad como “los guardianes de la bahía”.

Dice que era “la hembra” de la familia, pero también la hermana mayor. Eso le permitió ayudar a su padre “en la parte de asistencia y cocinando” para los guardianes, mientras sus hermanos varones asistían en el entrenamiento físico.

A los 11 años su madrina falleció y su padre la llevó a su casa en Santo Domingo, donde tuvo su primer hijo y su primer trabajo, y vivió allí hasta que se enamoró de un hombre de Puerto Plata.

Se fue tras el amor y los 11 años que duró, vivió a seis horas y hacia el Norte de la capital, donde dio a luz, a los 22, a su segundo hijo. Fue allí donde desarrolló su vocación.

En Puerto Plata trabajó como promotora de salud voluntaria de la organización civil Colectivo de Salud Popular: estudió crecimiento humano y metodología de la enseñanza, educación y prevención de enfermedades, y auxiliar de farmacia. Dice que su marido era el proveedor, por eso recién cuando se separó y regresó

a Santo Domingo a la casa de su padre, se preocupó por terminar el bachillerato y trabajar.

El pasado que vivió Aura es un mundo que dejó de existir hace diez años, cuando su padre murió, pero lo recuerda esbozando una sonrisa que irradiaba ternura; ése fue el primer acercamiento con su vocación: la de “ayudar al otro, el servicio”. En ese tiempo conoció al padre de su tercer hijo. También fue el nexo entre una comunidad vulnerable al Oeste de la capital -La Cuaba del municipio Pedro Brand- y el Ministerio de Salud. Llegó al puesto de supervisora gracias a que era reconocida como líder por su labor de voluntaria y porque Gertrudis Ramírez, hoy candidata a alcaldesa de Pedro Brand, se lo ofreció. “Yo estaba feliz”, recuerda, pero no sonríe.

Es que se enfermó por estrés y estuvo diez días en un hospital sin recibir ayuda de los que ella ayudaba diariamente, incluso de la candidata a alcaldesa, que le había dicho que podía contar con ella, cuando fuera y para lo que fuera. Entonces, pensó: “Me gusta mi trabajo, pero no me da la oportunidad de crecer como persona y de ir tras mis sueños”. Y reflexiona: “Yo dije: ‘Voy a cumplir

40 años y no voy a poder estar en la universidad. Sé que el cargo que yo tenía, aunque era profesional de la salud, era político, y si el gobierno actual pierde, el que viene me saca”.

Aura Mercado se pensó a sí misma y huyó.

◆◆◆

La mujer de acento caribeño y habla veloz, que se maquilla los ojos con colores brillantes y que posa con una pierna levemente flexionada cuando le van a sacar una foto, pisó suelo uruguayo por primera vez el 22 de marzo de 2014 con 1.000 dólares en el bolsillo -que le exigían declarar en Migraciones-, la esperanza de trabajar, estudiar, ahorrar plata, construir un hogar para traer a sus hijos. Todo por la promesa de un conocido duraznense de que con-

taría con su ayuda. Llegó y tomó un taxi rumbo a Tres Cruces y allí un ómnibus a Durazno.

El hombre al que no llamó nunca por su nombre la alojó dos días. “La persona no había hablado con su familia de que yo venía. Yo no quería ser un problema para nadie, por eso cuando vi la situación duré dos días y me fui”. Volvió a Montevideo, se quedó con 100 dólares para costearse la vida y envió el resto “a Dominicana”. Allí los suyos se encargarían de pagar el préstamo que había sacado para comprar su pasaje de venida y por el que tuvo que hipotecar su casa, en la que ahora está viviendo su hijo mayor.

En Tres Cruces, mientras esperaba el ómnibus a Durazno, conversó con Daniel González. “Cualquier cosa, tú me llamas”, le dijo, así que luego del primer

duraznense que le falló, llamó al segundo. “Le pedí si me podía esperar en la terminal para hablar y decirle la situación. Yo dejé mi ropa en Durazno, vine con un bolsito y mis documentos. No sabía. Lo que quería era saber si me podía conseguir un trabajo. Algo”.

El hombre de Tres Cruces escuchó su “historia de princesa, de fantasía”, la llevó a su casa en Atlántida y la contactó con una familia cristiana. María Saldía, dueña de una chacra en Suárez, Casarino, le dio techo y comida. Allí se quedó 15 días hasta que decidió instalarse en Montevideo para no tener que viajar diariamente a entregar currículums. “Yo tenía el número de un compañero de viaje que vino conmigo, y él me esperó por La Paz y Barrios Amorín, y María y su esposo vinieron en su auto conmigo. Nos reunimos todos a

conversar, porque ellos tampoco querían que yo me fuera a reunir con personas para pasar trabajo”. Se hospedó en una pensión por la calle Nueva York. En esos días conoció a su futuro esposo. “Dime tú. Buscando trabajo fue que lo conocí”. No lo dudó y se fue a vivir con él a una casa pequeña en Flor de Maroñas.

Aura ora y agradece a Dios. “Porque me ha abierto puertas y me ha puesto ángeles a mi alrededor para que me guíen”. Cuenta, entusiasmada, cómo poco a poco el apartamentito que queda por la costanera del barrio se fue transformando en su hogar. Utilizaron unos carteles de plástico que tienen el escudo de las Fuerzas Armadas como pared para crear un dormitorio, le colgaron telas naranjas y azules que Aura zurció, y enmendaron y pintaron sillas y

una pequeña mesa que ahora lucen un blanco envidiable. Al barrio, como si fuera poco, también lo hizo suyo. Se enganchó con el candombe, tanto que salió a bailar en las llamadas con la cuerda de tambores Unión Candombera. Con conchero, plumas y maqui-llada con brillantes. En algunas fotos que tiene en su cuenta de Facebook se la ve transpirada pero feliz, alegre por haberle echado candombe a su bachata.

La dominicana dice que ella y su futuro esposo quieren ahorrar plata y solicitar una casa a la Agencia Nacional de Viviendas y tener un lugar para criar a sus hijos.

La dominicana quiere lo mismo que querrían tantos uruguayos: vivir dignamente. ■

Angelina de los Santos

## «FICCIONES PROPIAS»

# Changüí

### CAMA PARA VARONES

El empleado del hotel, un señor de unos 40 y largos años, miró adentro de la habitación, volvió a sacar la cabeza, nos miró a nosotros en el pasillo como si repasara una cuenta mental y concluyó en que tenía que haber un error. Mi novio, las valijas y yo. Enseguida supimos que lo decía por la cama. Dos hombres de viaje compartiendo una matrimonial. El error tenía que ser ése. El hotel quedaba en la parte céntrica de San Rafael, Mendoza. Una ciudad con cerca de 120.000 habitantes. A pesar de que no eran nuestras primeras vacaciones juntos y de que nunca habíamos enfrentado situaciones de esa clase, sí habíamos fantaseado con que alguna vez sucediera. Que nos trataran de enfermitos. Que nos obligaran a dormir en camas separadas. O que directamente nos echaran. Cada vez que mi novio reservaba una habitación doble, yo le insistía con la misma pregunta:

¿hiciste la reserva a nombre de los dos? Quería otorgarles ese changüí a los del hotel, que supieran de antemano a quiénes estaban por recibir. Prefería que nos mintieran por mail antes que tener que ponerle la cara al rechazo.

Le dijimos al empleado que no se preocupara, la reserva estaba en orden, la habitación era tal como la habíamos pedido -a pesar de que aún no habíamos entrado ni visto nada-. ¡Por supuesto!, nos respondió, contradiciéndose en el acto. Ningún problema. Aunque hablaba como bajo un estado de hipnosis, con la lengua trabada, la cara sin expresión, a la espera de que una voz interior le soplara lo que tenía que decir. Nosotros le sonreíamos, pero la incomodidad estaba instalada; el hombre no sabía si devolver la sonrisa -tal vez lo interpretáramos como una burla-, o si permanecer serio -tal vez lo juzgáramos homofóbico-. De la dichosa cama no se mencionó una palabra. Nos sentíamos más a gusto en el terreno de lo

sobreentendido. No creo que al empleado le molestara particularmente hospedar a una pareja de putos, o mejor dicho, no creo que en ese momento se planteara la pregunta en su cabeza. Se había sorprendido de verdad y ahora quería arreglar su medida de pata. Después de todo, trabajaba en hostelería. Después de todo, estaba la ley de matrimonio igualitario. Después de todo, ya habíamos pagado la mitad de la estadía. En tal caso, haría falta conocer la reacción del tipo si, en vez de huéspedes, fuéramos sus nuevos vecinos. ¿Cómo le caería que una parejita como la nuestra se le mudara al lado? Seguiría hablando de un error, o quedaría habilitado a decirnos lo que piensa.

Cuántas veces habré escuchado que no importa lo que haga cada uno entre cuatro paredes. Ese discurso de la tolerancia que durante décadas nos tuvo encerrados en cajas de zapatos, cogiendo y viviendo a la vista de nadie, agradecidos de que nos hi-

cieran agujeritos en la tapa para respirar. Y que, al mismo tiempo que nos mantenía alejados de las calles, la familia, los amigos de la infancia y los trabajos, también nos corría de la discusión política. Pero incluso hoy, en que esa frase suena gastada y debe ser reemplazada por otras, a veces no alcanza ni con setenta paredes. Sin ir más lejos, ahí estaba nuestra habitación de hotel a puertas cerradas, la tarjeta magnética que activaba la cerradura en manos del empleado, y el empleado mismo, obligado a improvisar un nuevo discurso sobre la tolerancia. Estábamos nosotros, en el pasillo, con todas esas valijas a nuestros pies, sin haber asomado todavía la nariz a la habitación, pero con la certeza de cuál era el error concreto -un error de dos plazas-, como si pudiéramos escuchar y hasta adelantarnos a los pensamientos de aquel buen hombre, o atravesar los ladrillos con los ojos. O como si fuera nuestro deber adivinar. Acá estamos. Obligándolo a él,

aunque sobre todo, obligándonos a nosotros a ser tolerados.

Me agarro de las palabras de mi madre en mis épocas de la primaria. Yo me había quejado porque a mis amigos les hacían regalos si sacaban una nota alta o pasaban de grado. Y yo, que sacaba diez en todo -menos en Educación Física-, nunca recibía nada. Es tu obligación aprobar, me respondió. “Yo ya fui a la escuela y tengo mi diploma. No te voy a premiar por hacer lo que te corresponde, pero sí te voy a molar a palos si llegás a desaprobarte una materia”. Final de la discusión. Por momentos siento como si los demás me colocaran en ese lugar, el de mi madre. Están mostrando el diez en el boletín. Cuando me aseguran que hago bien en vivir abiertamente mi sexualidad, cuando recalcan que de verdad no hay problema, buscan señalar que les adeudo algo por aceptarme como soy. Un premio. ■

Cristian Godoy

# Unas fotos tuyas

### ENTRE MUJERES

No sé si continuar esta carta tal vez empezada hace unos días o unos años en un lugar neblinoso, impensado y sin embargo tan corriente. Te escribo desde una erupción calma como un susurro que ha borrado la historia. Creo saber casi arqueológicamente que esta carta empezó a escribirse por alguna mano similar con menos cicatrices, uñas igual de desprolijas y yo adormecida en este paréntesis que es la hoja, en esa concavidad de la mano que

sujeta el aire como conteniendo la respiración, mientras espera la próxima palabra escurridiza con la birome moviéndose ansiosa. Si sentís que esta carta chorrea es que es así. Te escribo para pedirte ayuda. Es por lo que casi siempre escribo. Pero evito ser yo la que habla. Como si la mano se hiciera cargo, garabateando insultos y deseos me olvido y abandono las palabras. Si sentís que esta carta chorrea es porque la hice así, de palabras derretidas. No puedo asegurarte cuándo comenzó a ser escrita o si su comienzo antecede a mi existencia o a la de mi mano.

Este anonimato debe asombrarte, y conociéndote debe estar dándote un miedo paranoide frío que te eriza la piel.

Tengo la extraña certeza, tan extraña que se vuelve hecho (porque es el extrañamiento, ambas lo sabemos, lo que nos apacigua), de que esta caligrafía tan diferente ahora, llegue con su huella a una hoja arrugada y esa hoja arrugada a un patio y que ese patio sea el nuestro. Perdón. El tuyo. Ya te dije que abandono las palabras, y en esa mudez que se vuelca fría al pecho abandono los recuerdos también. Sé que algunas noches te quedás

absorta mirando las paredes grises y las hojas, que, descolgadas de la rama intrusa de un árbol vecino, giran en el patio tuyo-mío como si se tratara de una carrera para escapar por un espiral ascendente entre los cuatro muros y el taller de tu viejo. Muchas de esas veces algo te pasa inadvertido en el tumulto de la hojarasca, hasta que de repente una imagen o un significado se condensan y se arrugan como un ceño sorprendido. Entonces, algo acontece. No los tires. Esta topografía tan accidentada por olvidos, cubierta de fotos con tachones y manchas que es nuestra memoria,

está llena de ellos, abandonados. En esa quietud que es el silencio se funden, se anastomosan en sucesos híbridos de derretimientos glaciares, en atmósferas pesadas y densas. Y es esto lo que te pido: un silencio quebrado, un grito que imprima la memoria, un estar con el cuerpo, un peso no una levedad, tal vez unas fotos nítidas tuyas. La que fui y mi historia lo necesitan, vos también. Espero tu respuesta, con hallazgos mejor, sino, siempre es bueno saber de vos. No te olvides de escribirte. ■

Gabriela Cuestas



Ilustración: Federico Murro

## LA VELADORA

Al costado estaba yo. Él dormía, parecía dormido, más bien estaba muerto aunque respiraba. Pero estaba muerto. Yo podía simular fácilmente sus recuerdos. Podía pensar en cuando se había vestido de mujer sólo porque sí, pero eso me lo había contado, no lo había visto, lo puedo imaginar. Lo recuerdo. Él estaba ahí, tieso, y yo al costado. Podría estar muerto, podría estar velándolo, lo velaba pero no estaba muerto del todo. Parecía muerto. Simulaba la muerte mientras la esperaba. Los ronquidos no eran los de quien duerme, eran los del que fue arrasado por un tren. Aunque todo fue menos dramático. Se enfermó y listo, y tenía una vocación por la enfermedad, por el tren que nunca lo arrasaría aunque se acostara sobre los durmientes en las horas pico. Yo, la veladora, la lámpara tenue, el compañero difuminado en trescientos compañeros. Pero la suerte y el deseo, decrépito ya, me llevaron ahí. A la amarilla habitación, la de la muerte, la de los íntimos, como si fuera una piyamada adolescente, pero ciertamente no éramos adolescentes, aunque quisiéramos parecernos, con los chupines y los cintos blancos, con las remeras ajustadísimas que delataban la pericia de la cerveza y otras bebidas.

Fue en la juventud un vehículo de mis emociones. Alguien a quien amar pero a quien no amaba.

Un juguete que nunca rompí y que metí en mis sesos hasta no recordar mi nombre. No era un juguete en el peor sentido de igualar una persona a un juguete. Era en el mejor sentido. Por eso estoy acá, jugando a la lámpara, adormecido pero no durmiendo sino soñando que despierta, mientras lo veo morir, cómo muere.

Era, como todos los hombres de mi vida, un vehículo que me llevaba a un destino condenado, al final de una carretera trunca, a un accidente.

Digo era, y aún no ha muerto, y aún persigo el amor que no fue y que nunca podría haber sido. El amor de los adolescentes, sentenciado por se al fracaso, pero en la altiva madurez.

Un día se sintió mal. Yo todo diligente, siempre parco, le sugerí una consulta médica. Odiábamos a los médicos, pero allá fue. El diagnóstico fue confuso. Su enfermedad ya no era inapelable pero nos quitaba el sueño, y él temía. ¿A qué le temía? Estaba débil y pálido, anémico quizá; tenía el olor de los enfermos que persuadía con fragancias desquiciantes.

¿A qué le temíamos? ¿Era a la misma muerte? ¿A la que le temieron siempre los hombres y con la que jugamos -él, yo, nosotros- en interminables ruletas rusas, pleóticas de pasión y de desidia? ¿A la idea de haber vivido y morir solos, descartados en un hospital público?

Me había confesado, en los no tan tiernos veintipico, que le temía sobre todo a la enfermedad, que románticamente veía como una consecuencia de sus intensas pasiones contenidas. Fácilmente hoy infiero, al margen de estas fantasías, que de ahí su miedo a los médicos, a convertirse en número, en perro, en estadística. A no tener una muerte memorable, el arrogante.

Empecé mientras lo miraba a recordar sus recuerdos. De algunos tenía información, porque en muchas de esas noches estuve con él. En otras noches, en varios días, no sabía quién era. A veces lo intuí, lo sentía cerca en un bar, o creía verlo, aunque yo supiera que no estaba y él me jurara que

nunca pisó ese bar hediondo. Otras veces estuvimos los dos allí callados, embriagados, o desesperados de amor, troquelados por la falta de amor.

Ahora recuerdo cómo en un bar él me miraba. Yo tomaba un whisky contra una pared. Él me miraba con sus ojos fuertes y tímidos, despacio pero intenso, y me deseaba. Y él recuerda: "Vos estabas apoyado en un muro, incómodo, mirándome suave y encendido, con los ojos de almendra, con los ojos de un felino no descrito por la ciencia, y me deseabas, o no me deseabas, pero te querías ir conmigo".

Lo único que en realidad nos unía era la afición por algunos discos pop y las ganas descontroladas de tomar cerveza. Comenzábamos las jornadas con unas Corona pequeñas y podíamos terminar tomando cerveza hirviendo en cualquier agujero del pueblo. A mí sólo me importaba perder el tiempo con él, así que procuraba que la noche se extendiera lo suficiente y lo conducía, empecinado, a mi cama, que era más cerca y probablemente más acogedora que la suya.

No siempre nos íbamos juntos. Ahora lo veo al amanecer tomando el interminable ómnibus que lo llevaba a su casa desde cualquier lado, y al encontrar su reflejo en el vidrio terroso preguntarse hacia dónde se dirigía. Y era a la casa en penumbras, a su cuarto viciado por las imágenes que había pegoteado en las paredes y que los años fueron humedeciendo.

Cuando él se iba, yo tomaba mi ómnibus y deseaba que el recorrido no acabara, acaso tratando de conservar su presencia, imaginando que estaba a mi lado, la cabeza apoyada en mi hombro, como dormido, infinito.

A veces me voy del hospital a la madrugada y en el viaje recuerdo que sigue viviendo

en el mismo lugar a los 40 y pico, con la madre, con el fantasma del padre, tomando el repetido ómnibus y yo deseando que no viviera más allá y que ninguno viviera más en ningún sitio. Pero eso no pasó. Los 40 no llegaron. Están cerca.

En mi cama era torpe, aunque no tanto como había imaginado, porque al fin el torpe era yo, el frígido. Él la jugó de traumado hasta que se acostó conmigo; me alegró ganarle en la lotería de traumas, le quitó misterios y me volvió inquietante. Pero estaba amordazado, sin poder dar explicaciones, porque ni yo entendía. Mi frigididad insistió muchas noches. Me quedaba despierto, a un costado, como ahora, esbozando las causas de mi empecinamiento, las consecuencias del fracaso. Era un enredo de nervios inconexos, inaccesible a la hermenéutica del deseo. Él era poco curioso y tosco.

No sé cuántas noches pasaron hasta que al fin me relajé. Y fue bueno.

Lo observo. Aunque amarillento, conserva la belleza que supo no perder. Los ojos grandes cerrados, la mirada atravesando casi las compuertas de los párpados, los labios que adivino tibios, delineados con precisión en su cara perfecta, trazada por los astros, por una fuerza que me niego a llamar superior o divina.

Las sábanas lo amortajan y asexualizan. Lo veo en un caballo que no montó, veloz y luminoso. Guardo de él su ácida inteligencia. No puedo evocar ternura.

Los recuerdos vienen inaprehensibles, como un reflujo del malestar que compartimos mientras hacíamos que el amor no se pareciera a ninguno que nos hubieran contado. ■

Emiliano Sagario